

LA NOCHE DE LAS HOGUERAS

I

La noche ha llegado, purísima y clara.
Apuestos galanes y mozas apuestas,
que siempre con filtros de amor hechizara
la clásica noche, ¡tornad á sus fiestas!
La noche famosa volvió de San Juan.
San Juan á los hombres sonríe.
De ver sus leyendas triunfantes se engr e.
¡Galanes y mozas, cantad y bailad!
Los cielos se visten con luces de plata.
Es astro en la tierra la roja fogata.

La noche es de ensueños.
¡Galanes y mozas, so ad!
La fiesta es de amores.
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

Redonda, la luna, preside el encanto
del mundo que goza, del hombre que marcha
detrás de un ensueño, feliz entretanto...

¡Prendida parece, del cielo en el manto,
magnífica rosa de luz y de escarchal
Su luz misteriosa, que es pura delicia,
se aduerme en el llano, recubre la sierra,
se extiende impalpable... Como una caricia
que viene del Cielo, recorre la Tierra.
No es dable que miren
los ojos humanos mayor hermosura.
Bellezas tan dulces no es dable que inspiren
mayores anhelos de paz y ventura.

¡Qué cuadro tan vivo! Lo veo
con ávidos ojos. ¡Lo evoca el deseo!
Cuán buena retorna, sembrando esperanzas,
la noche en que es siempre verdad la quimera.
Los mozos y mozas enredan sus danzas
en torno á la hoguera...

Con saltos y gritos, nerviosos, vibrantes,
las vueltas repiten del clásico juego;
inundan á veces de luz sus semblantes
las llamas que crujen, con tonos de fuego.
Sus manos se estrechan y enlazan,
formados en ronda circulan veloces;
persíguense locos, y al cabo se abrazan,
llenando los aires de báquicas voces.

Y siguen danzando,
soñando..., soñando

con grandes victorias de amor y fortuna,
risueñas las mozas, los mozos risueños...;
¡y sigue alumbrando la fiesta la luna,
la luna, que es astro de amor y de ensueños!

Empiezan á poco las coplas de amores,
que cantan el logro de tiernos favores
ó lloran las penas de injusto desvío...
Y, en tanto, ¡qué gozo! ¡praderas y alcores,
montañas y valles, con frutos y flores,
la entrada celebran del pródigo Estío!

La noche es de ensueños.
¡Galanes y mozas, soñad!
La fiesta es de amores.
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

II

¡Ay, que aquí, por la sierra en que habito,
donde ha noches levanto mi tienda,
donde busco la cura ó la enmienda
de este mal que me acosa, maldito,
—dominando en la cumbre al granito,
sin cesar fatigando la senda,—
se comete... *el enorme delito*

de ignorar tan hermosa leyenda!
 Y en tan mágica noche no encuentro
 ni misterios dichosos que encanten,
 ni doncellas graciosas que rían,
 ni galanes apuestos que canten.
 Y no puedo sentir esperanzas,
 ilusiones de gloria y amor;
 sólo siento pesar, y añoranzas
 de otro tiempo, pasado y mejor;
 de otra tierra, lejana, ¡la mía!
 ¡mejor que ninguna!
 donde habrá... ¡cuánto amor! ¡qué alegría!
 ¡cuánta gente que cante y que ría!...
 ¡esta noche! ¡¡á la luz de esta luna!!
 ¡Ay, la alegre región gaditana;
 mi tierra, lejana;
 los Puertos... Chiclana...
 que estaréis... estaréis á estas horas
 para mí tan esquivas, tan fieras,
 como envueltos en lumbre de auroras
 á la luz de las altas hogueras..!
 ¡Ay, mi tiempo pasado y perdido!
 ¡Cuánto y cuánto recuerdo querido,
 de mis locos y vanos empeños,
 me atormenta, me acosa, vencido!
 ¡Ay, por algo esta noche es de ensueños,
 pero no de piedad ni de olvido!

Levantad, extended,—*candeladas*
de San Juan, en mi típica tierra,—
 levantad y extended llamaradas
 que iluminen mi lúgubre sierra;
 llamaradas de amor y de fuego,
 para un pobre, que muere de hastío;
 para un triste, de espíritu ciego;
 ¡para un alma que tiembla de frío!
 ¡Que me llegue su luz! Que un instante,
 como al sol de una rubia mañana,
 mire yo, con transportes de amante,
 mi ciudad, mi ciudad gaditana;
 ¡que yo sueñe también!, que me vea
como entonces, con alma de niño;
 sin pesares ni angustias; ¡que crea
 que en el mundo no hay más que cariño!
 ¡que no medran astutos traidores,
 que no matan los grandes dolores,
 que no arraigan los grandes temores
 sino en ánimos viles, pequeños..!
 ¡Ame yo! ¡La velada es de amores!
 ¡¡Sueñe yo, que es la noche de ensueños!!

TOQUE DE ÁNIMAS

Desde la hermosa cañada
no se alcanza á ver el pueblo.
Lo secuestran, á mis ojos,
con sus moles, unos cerros.
Pero en las ondas sūaves
del aire fino y sereno,
turbando la hermosa calma
de un dulcísimo silencio,
—mientras la tarde, en los brazos
de la noche, va muriendo,—
llegan á mí, repetidos,
prolongados por los ecos,
los sonos de las campanas
de la iglesia... ¡pobre templo
que encaramado en el monte
parece escalar el cielo!
Tocan á oraciones. Vibran

los tañidos graves, lentos,
 desgranados, ¡misteriosos!,
 ¡¡pavorosos!!, ¡plañideros!
 Llegan hasta mí con trémulas
 vibraciones de lamento,
 destacados en el aire
 sobre un solemne silencio;
 mientras se escuchan apenas,
 como murmullos ligeros,
 las coplas de unos pastores
 que están muy lejos, muy lejos...;
 mientras la tarde, en los brazos
 de la noche, va muriendo.....

Las plañideras campanas
 invitan á la oración.
 Ya en los cielos brilla apenas
 la luz muriente del sol.
 Siento el alma conmovida
 por una intensa emoción.
 Y empiezo á rezar, y digo,
 con lágrimas en la voz:
*Por el alma de la madre
 de mi vida, que esté en Dios.*

No sé definir la angustia
 que voy sintiendo. ¡No sé!

Esta emoción es muy triste,
 pero es muy dulce también.
 Anhela por un mañana,
 suspira por un ayer.
 ...Y sigo rezando, y digo
 pensando y pensando en él:
*Por el alma de mi padre,
 que goce de Dios. Amén.*

Allá en Oriente, ya brillan
 algunos blancos luceros.
 Las plañideras campanas
 siguen sonando á lo lejos.
 A cada instante resuenan
 sus tañidos más siniestros,
 y al resonar se destacan
 sobre un más grave silencio.

Tenuemente, vagamente,
 nacen y luchan en mí
 sensaciones misteriosas
 del vivir y del morir.
 Y siguen vueltos mis ojos
 hacia el recuerdo infeliz,
 y vuelvo á rezar, y vuelvo,
 con lágrimas, á decir:
*Por el eterno descanso
 de aquel hijo que perdí.*

Van creciendo, van creciendo,
 mi zozobra y mi inquietud.
 Se va espesando la sombra.
 Se va extinguiendo la luz.
 Torno á pensar en la muerte,
 y en mi caduca salud,
 y digo, mirando al cielo,
 los brazos abriendo en cruz:
*Por el eterno descanso
 de mi cuerpo. Amén, Jesús.*

Cerró la noche, piadosa.
 Poco á poco enmudecieron
 las campanas. Ya no turban
 la majestad del silencio
 ni la más lejana copla,
 ni el murmullo más ligero.
 Y en tanto, yo, todavía
 rezo y lloro, lloro y rezo:
 por todos los que me amaron,
 y pasaron... ¡y se fueron!
 ¡¡por cuantos hoy me quisieren!!
 ¡¡por mis vivos y mis muertos!!

¡Ay, que el llorar es alivio,
 como el rezar es consuelo!
 ¡Llorad bien, llorad, mis ojos!

¡Recemos, alma, recemos!
 ¡Dios nos miral Dios me escucha
 compasivo...

PADRE NUESTRO...

.

MAÑANA DE JUNIO

El sol se ha presentado tan sonriente
desgarrando las sombras allá en Oriente,
sus rayos nos deslumbran de tal manera,
que parece que brilla por vez primera.
Con él se ha levantado la fresca brisa,
vacilante al principio, como indecisa,
como si no pudiera, con soplo lento,
recobrar, de improviso, todo su aliento.
Pero pronto se alegra, pronto se anima;
se tiende por el valle, trepa á la cima;
roza de las montañas los verdes flancos;
se escurre por las quiebras de los barrancos;
se enreda entre las ramas de los pinares,
y juega con el humo de los hogares;
y lo mismo en la cumbre, de sol bañada,
que en la grata penumbra de la cañada,
por donde va volando lleva alegría...
¡el alegre saludo del nuevo día!

Mañana deliciosa, toda pureza;
 regalo de la Madre Naturaleza;
 expansión de la vida del tiempo mozo,
 que retorna á los campos lleno de gozo:
 cuanto vuelve contigo de ti se engríe,
 canta con tu hermosura, ¡contigo ríe!
 Todo á tu paso leve feliz despierta.
 Vas llamando en el pueblo, de puerta en puerta,
 y á tu aviso discreto, con luz de aurora,
 va saliendo la gente madrugadora.

Los árboles estaban medio dormidos;
 ya despiértanse todos, estremecidos,
 estirando las ramas, cabeceando,
 como si se estuvieran desperezando...,
 y al sentir las caricias del sol ardiente,
 se levantan y esponjan, ¡tan guapamente!

Los pájaros se escapan de las umbrías
 para darse en el aire los «buenos días»;
 vuelan todos, revuelan, alborozados,
 con los rápidos vuelos entrecruzados,
 y al tornar á sus ramas, y hallar sus nidos,
 alegran los pinares con sus chillidos.

Las aguas del arroyo parecen locas,
 por lo inquietas que saltan sobre las rocas;

en su cauce de peñas, de tajo en tajo,
 rebrincando de gusto, montaña abajo;
 reventando en espumas tornasoladas,
 igual que si rompieran en carcajadas.

Los rosales se cubren de mariposas
 como si se pusieran alas sus rosas;
 mariposas vestidas de resplandores,
 que en los frescos rosales son como flores.

Sobre el suelo quebrado de la vereda,
 bajo el techo frondoso de la arboleda,
 unas mozas muy lindas corren brincando,
 y unos mozos alegres las van cazando...
 Ellos insisten, ellas huyen veloces,
 y á lo lejos se pierden sus frescas voces...

Da vueltas y más vueltas, aprisa, ¡aprisa!,
 una campana alegre tocando á misa,
 ¡y es la canción vibrante de la campana
 un himno á la hermosura de la mañana!

Cuán brillante, cuán puro, cuán transparente,
 cuán barrido de nieblas está el ambiente.
 En sus ondas tan limpias, tan sosegadas,
 destácanse las cosas como engarzadas.
 Y es á la vez el aire tan vivo y loco,

vuela tan lisonjero, pesa tan poco,
tales son sus olores á cosas buenas,
¡que parece que pasa quitando penas!

¡Oh, hermosa lozanía del tiempo mozo,
que retorna á los campos lleno de gozo;
oh, gozo de los hombres, y de las cosas,
en las buenas mañanas, buenas y hermosas;
cuando todo es ventura, calma y consuelo;
la luz como una risa del claro cielo,
y una risa del aire la inquieta brisa
que en el bosque se pierde... loca de risal

Mañana deliciosa, buena mañana,
alegre como el toque de esa campana,
que en su torre da vueltas, aprisa, ¡aprisal,
cada vez más gozosa, tocando á misa:
en el pecho me infundes alientos sanos,
al soplo de estos puros aires serranos;
enciendes á mis ojos, en lontananza,
con reflejos brillantes, luz de esperanza;
mi frente oreas,
y en mi mente disipas tristes ideas...
¡Mañana cariñosa, bendita seas!

LA BALADA DE LOS VIEJOS

I

Es noche de Noche Buena
y es noche de temporal;
es noche para los lobos
que rondan por el pinar.
Las casucas de la aldea
medio enterradas están.
Silba el aire lastimero.
Nieva y nieva sin cesar.
Pobre aldehuela serrana,
sumida en tétrica paz,
invadida por la nieve,
batida del vendaval,
¡para ti no trajo fiestas
la noche de Navidad!—
Es muy grande en el invierno

la miseria del lugar,
 y no hay fiestas donde faltan
 gozo y lumbre, vino y pan.
 ¡Qué noche de Noche Buena!
 ¡qué noche de temporal!
 ¡qué noche para los lobos
 que rondan por el pinar!

—
 De su casa—medio hundida—
 de su casa en el zaguán,
 cerrado por una puerta
 que encaja y que cierra mal,
 una abuela y un abuelo,
 muy comidos de la edad,
 encorvados por las penas
 y los años á la par,
 ¡tan débiles que parecen
 la extrema debilidad!,
 sentados junto á la lumbre
 pasando la noche van.
 El fuego, que débilmente
 disipa la obscuridad,
 y entibia apenas el frío
 de la velada glacial,
 es el fuego de unas brasas

que expiran sobre el hogar,
 en un rincón renegrado
 del polvorientado portal.
 Solloza el viejo; la vieja
 solloza y solloza más...
 En vano luchan los pobres
 contra la suerte fatal.
 Tuvieron hijos muy majos;
 nietos de alegre hablar,
 con los cabellos muy rubios,
 con el aire muy galán.
 Murieron sus hijos todos,
 —Dios los tenga en santa paz!—
 y sus nietos,—¡cuántas penas!—
 hechos mozos, mozas ya.
 Quedáronse los abuelos
 en horrenda soledad;
 por sus duelos acabados,
 consumidos de llorar.
 Desde entonces ya no aguardan
 la noche de Navidad,
 como en el tiempo dichoso,
 para cantar y bailar.
 Sólo á veces, con un dejo
 de zozobra y de ansiedad,
 tímido tiembla en sus labios
 un viejo y triste cantar,

copla que vibra en el aire
 como un toque funeral:
*¡La Noche Buena se viene,
 la Noche Buena se val
 Y nosotros nos iremos
 y no volveremos más.—*

—

Clama el aire, desolado.
 Nieva y nieva sin cesar.
 Solloza el viejo, la vieja
 solloza y solloza más.
 Y las brasas agonizan
 lentamente en el hogar,
 y va siendo más medrosa
 cada vez la obscuridad,
 y más temeroso el frío
 de la velada glacial.
 De pronto, principia el viejo,
 con voz baja, á recitar;
 con una voz pavorosa,
 como ninguna quizás;
 con un rancio y monotono
 sonsonete de juglar.
 ¿Qué dice? ¿Por qué la abuela
 temblando y temblando está?

¿Qué balbuce? *La balada
 de los viejos* del lugar;
 canción de un tiempo remoto,
 flor marchita de otra edad;
 la *Balada de la Muerte*
 que es tan mala de cantar,
 otros versos que resuenan
 como un toque funeral.
 Todos los hombres del pueblo
 de niños la saben ya;
 de viejos, todos la cantan,
 con un tono siempre igual,
 con un rancio y plañidero
 sonsonete de juglar.
 Clama el viento, desolado.
 Nieva y nieva sin piedad.
 La abuela suspira. El viejo
 diciendo y cantando va:

—

«¡Segador!
 ¡Llévate allá tu guadañal
 ¡Por el amor del Señor!
 La tengo en tan grande horror
 como el sembrado al granizo,
 como el monte á la alimaña,

y como al aire invernizo
la gente de la montaña.
Escúchame, por favor.
¡Llévate allá tu guadaña,
segador!

—

»Mas no; no escuches mi ruego,
ni con sorpresa me mires.
No tan luego
con los tuyos te retires.
No te alejes
tan de pronto; no me dejes
sin compañía.
¡Por el amor del Señor!
Espera con tu guadaña,
segador.

—

»Tiemblo como no temblé,
sufro como no sufrí,
ni cuando más recelé
ni cuando más padecí.
Ve por qué.

Siegas tú la mies gr anada,
tan dorada;
bien regada
por lluvias apetecidas,
y aquí las hierbas lucidas...
La Muerte, que es más osada,
siega vidas.
Postráronme desengaños;
al fin me acaban los años,
y al fin me acecha la muerte,
que es más fuerte
que tu brazo, segador.
¡Ya viene por la montaña,
por donde el aire traidor...!
¡¡Defiéndeme, por favor!!
¡¡Siégala con tu guadaña,
segador!!»

II

Sonó de súbito un golpe
sobre el angosto portón.
La abuela gritó espantada,
y el abuelo enmudeció.
Nuevos golpes, repetidos,

aumentaron su terror.
 Silbaba el aire furioso
 con ímpetus de ciclón.
 Nevaba recio. En las sombras
 otro golpe resonó.
 «¿Quién va?» los viejos gritaron,
 con grande miedo en la voz.
 Escucharon anhelantes,
 pero nadie respondió.
 ¿Era el viento quien llamaba
 sobre el rústico portón?
 ¿La Muerte quizás? Los viejos
 se encomendaron á Dios.

De pronto, al rápido empuje
 del cierzo devastador,
 rota en tablones, la puerta
 de la casuca saltó,
 y entró el viento como loco,
 ciego, terrible, feroz...
 —¡Cierral Cierra—la abueluca
 desesperada gritó;—
 que es la Muerte la que llega,
 por donde el aire traidor.
 Su manto es manto de nieve;

candelas sus ojos son.
 Mírala bien, que nos mira,
 como en acecho, á los dos.

En vano quiso el abuelo
 cerrar el toscó portón.
 Una y diez veces, el ímpetu
 del viento lo rechazó,
 con sus zarpazos de fiera,
 con su empuje de ciclón.
 Sobre el hogar, el rescoldo
 del fuego se consumió;
 siguió penetrando el aire
 como un loco, y á traición;
 lentamente la tiniebla
 de la noche se espesó.

Amorados del frío,
 traspasados de pavor,
 refugiáronse los viejos
 en el más hondo rincón.
 Murieron allí, del frío
 y del espanto, los dos.

La Muerte fué quien llamara
sobre el rústico portón,
dando golpes, á los golpes
del cierzo devastador.
Con el impetu del aire,
por la casuca se entró.
¡Vino en las alas del viento;
por donde el aire traidor!

III

¡Mala noche la de Pascual!
¡Qué noche de temporal!
¡Qué noche para los lobos
que rondan por el pinar!
¡Pobres abuelos! En tierra
los pobres descansan ya.
¡Felices ellos, al cabo!
Los llevaron á enterrar
donde sus hijos reposan,
donde sus nietos están:
en un hoyo del humilde
campo santo del lugar.
Clama el viento, desolado.
Nieva y nieva sin piedad.

En las casucas no hay fiestas
de comer y de bailar.
No hay fiestas donde no abundan
gozo y lumbre, vino y pan.
Sólo un mozo rezagado,
rezagado en el cantar,
va clamando por las calles,
en medio del vendaval:
La Noche Buena se viene,
la Noche Buena se va!
Y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.
¡Qué noche tan temerosa!
¡Qué noche de temporal!
¡Qué noche para los lobos
que rondan por el pinar!
La Noche Buena se viene...
La Noche Buena se va...
¡Los abuelucos se fueron...
para no volver jamás!

—
Segador,
que siegas en la montaña
la hierba del prado en flor,
cuando principia el verano:

¡llega pronto, sin temor,
con la guadaña en la mano!
La Muerte no tiene entraña
para sentir el amor.
Siega las vidas con saña.
Si vuelve por la montaña,
por donde el aire traidor,
¡¡siégala con tu guadaña,
segador!!!

PIERROT EN LA SIERRA

SCHERZO

Es una noche de luna clarísima,
sin una gasa de niebla importuna.
Á los pinares, pinares de nieve,
baja Pierrot en un rayo de luna.

Llega Pierrot, deslizándose; joven,
ágil, gallardo, con rostro risueño.
Llega gentil, por un rayo de luna,
cual por la escala de un místico sueño.

Baja á la orilla del trémulo río,
que entre peñascos sus ondas desata,
todo sembrado de chispas de luna;
toca en la orilla de un río de plata;

trémulo río, de espumas cubierto,
que, cual Pierrot, va vestido de blanco,